

EL TIEMPO SEÑALADO

El hombre caminaba lentamente en medio de las sombras con las que nada podía el raquítico alumbrado público. Venía por Unanue y torció por Prolongación Huánuco, a la altura del Parque Cánepa. Cuando el perro de colmillos casi fosforescentes rugió y comenzó a avanzar hacia él, amenazador y lento, se detuvo y, tras armarse de los restos de madera de un cajón de fruta, se refugió en la puerta de un callejón. El rugido se transformó en ladridos estridentes y otros perros empezaron a acercarse.

En ese momento, una piedra se estrelló sordamente en el lomo del primer animal.

¡Fuera, mierda! espetó una voz aguda y áspera a la vez.

A la extraña voz infantil, que le pareció conocida, respondió como un eco el aullido lastimero del perro que se alejaba. Volaron otras piedras.

¡Toma, jijunagramputa! chilló la voz.

Eran las cuatro o cinco de la mañana y, poco a poco, el silencio cayó de nuevo sobre esa parte de la ciudad. Era todavía de noche pero pronto, sobre las casas de los cerros San Cosme y El Pino, comenzaría a insinuarse el amanecer con su luz lechosa y sucia. Se escuchó un último aullido, lejos.

El muchacho se había quedado inmóvil afuera, esperando, pero como la sombra refugiada en la puerta no se movía, dio un paso.

¡Ya salga, don Humaral, no le va a pasar nada! su risa casi adulta bailaba en las paredes y en la pista cubierta de basura.

El hombre se mostró y adelantó las manos, evidenciando las maderas, malamente unidas, del cajón de fruta.

¿Quién eres?

La voz de Humaral era apenas audible, pese a su evidente esfuerzo por hablar con nitidez.

Soy Miguel, el hijo de su vecina...

¡Ah! ¡El susto que me has dado!

¡Yo no, el perro...! Me estoy yendo al Mercado de la Fruta, a trabajar. Pero está del otro lado...

Sí, he pasado a buscar a mi amigo Yoni, pero se me ha adelantado...

Bien, bien, muchacho... ¡Gracias!

De nada, don Humaral... ¡Felizmente tengo ojos de lechuza y puntería de guanay!

Miguel debía tener unos diez años, pero sólo aparentaba siete u ocho. Se ganaba la vida como cargador en el mercado mayorista. Su madre estaba enferma y su padre cuando no estaba en la cárcel andaba borracho. En una mano llevaba una soguilla mal enrollada. El hombre rió, palmeándole la cabeza, agradecido.

¿De guanay?

Sí, ¿no ha visto cómo se avientan de pico sobre los pescados en el mar? ¡Como una bala!

El muchacho hizo un gesto vertiginoso con la mano en picada, al tiempo que hacía un ruido silbante con la boca. Rió, le hizo un ademán de adiós y se alejó canturreando, envolviendo entre la mano y el codo su soguilla.

Humaral puso las manos en los bolsillos y, caminando de nuevo despacio, siguió por el jirón Humboldt.

Una hora después, cuando entró al cuarto vio que por la ventana entraba una luz más amarilla, más clara aún que la que había en la calle. Era un chorro de sol que violentaba las sombras del recinto y que, como si no hubiera agredido afuera suficientemente sus ojos, ahora laceraba su garganta, como un cuchillo que quisiera abrírsele para vaciar esa hinchazón, para supurar esa fiebre de sangre podrida que parecía querer asfixiarlo, que lo atenazaba y que a veces, como en ese momento, no lo dejaba siquiera deglutir la saliva.

Prendió de los clavos la pequeña manta rojiza y raída que le servía de cortina y carraspeó con cuidado, como temiendo herirse.

Había pensado por un momento tomarse un café y ponerse a pintar, a la espera del maestrillo Alberto, su amigo, que esa mañana pasaría de todos modos y con quien iría, tal vez, a tomar un desayuno más consistente, antes de ponerse a descansar de verdad unas cuantas horas, pero finalmente sintió que no estaba seguro de nada, ni de que ese día su amigo vendría a visitarlo, ni de que quería realmente tomar algo caliente, ni de que quería hacer un gesto. En su garganta una especie de garfio jalaba desde adentro, ahogándolo. A la vez, en su estómago crecía una sensación de vacío doloroso. En otros tiempos la sensación de hambre no sólo la podía aplacar comiendo sino que le era hasta agradable, estimulante, pues lo ayudaba a trabajar. Ahora no era sino una tortura suplementaria que casi no podía combatir.

Dio un paso hacia la cama y se dejó caer lenta y pesadamente. Como pudo se quitó los zapatos, se cubrió apenas las piernas con la frazada sucia, se puso sobre los ojos el pañuelo que llevaba en el cuello y cruzó las manos sobre el pecho. Intentando calmar, acompasar, su trabajosa respiración, se quedó quieto.

Era la hora más oscura de la noche, esa hora en la que los hombres no saben si volverá a amanecer, y de pronto una luz extraña, que no era casi luz, lo bañó todo, una luz cambiante rojiza, violácea y hasta gris, que apenas le dejaba ver algo, con gran esfuerzo, en medio de esas sombras lentas que se movían en lo que parecía ser un inmenso terreno baldío, una gran plaza, densa y húmeda, hacia la que él quería avanzar para ver, para escuchar mejor, para enterarse qué era ese rumor, esa ola tenue de voces que surgía desde el fondo informe, desde esa hilera de innumerables moles oscuras, desde esas siluetas que le hacían pensar en animales que descansaban, resoplaban, bufaban, que se ahogaban como él, y tuvo miedo por un instante, pero se decidió a avanzar, pese a que sus piernas se negaban a responderle, a acercarlo a esas bestias que a veces rugían tenuemente, unas junto a otras, como si pastasen y abresasen en el confín más secreto de ese mar negro y sin orillas visibles, por lo que aguzó el oído, la mirada velada y creyó ver, oír, que alrededor de las bestias se afanaban, casi en silencio, cientos, miles de otras sombras pequeñas, cautelosas, cientos, miles de grandes hormigas movedizas que subían y bajaban de los monstruos, llevando a cuestras cargas enormes, bultos más grandes que sus propios cuerpos, y de pronto percibió y cada vez fue escuchando mejor que las hormigas hablaban lenguas humanas, incluso algunas de las que él conocía, pero que no llegaba a descifrar, por más esfuerzos que hacía, por más que los insectos levantaban la voz y se ponían a gritar, a reír, a hacer gran ruido, todo ello sin dejar de avanzar, titubeando a veces, incluso cayéndose, pero levantándose sin cesar, con su carga o en busca de ella, sin importarles dónde ponían sus varios pares de patas, si las hundían en las entrañas de animales muertos o en el barro podrido, antes de ponerse a dar voces incomprensibles, a lanzar gritos agudos, cánticos de conjuro que él no comprendía, pues lo único que estaba claro para él era el sonido de esas miles de miles de pisadas, de esos pasos pegajosos que se hundían con un ruido restallante y succionador, que él escuchaba claramente y que hubiese querido seguir para saber a dónde llevaban, por qué las sombras parecían quejarse, por qué estaban allí, exteriores a su respiración, a su difícil visión de las cosas, y estaba por hacer un nuevo esfuerzo para aproximarse cuando en forma súbita la noche se rasgó y dio paso a un día turbio pero hiriente, a una luz triste e inequívoca que estalló royéndole los ojos y que se regó por toda la plaza, cubriendo al enorme ejército de hormigas gigantes, que se convirtió en un ejército devastado e incalculable de hombres pálidos, de mujeres desgreñadas y de

niños ateridos, todos devorados por el frío, por la fiebre, calzados con viejos zapatos deformados, con viejas zapatillas, con viejas ojotas, y todos callaron y el silencio se extendió como una ola de ácido que escapase de las bocas de esos seres derrotados, mientras de la plaza sólo subía un enorme, hondo, alarido vacío, sin sonido, sin eco, en medio del cual él sólo escuchaba su propia garganta ardiente, sus bronquios usados, sus bronquios, sus agallas que dejaban pasar con dificultad el aire, sus pulmones que reclamaban un poco de oxígeno, sus ojos múltiples que pedían menos luz, menos luz...

Como un fantasma blanco y convencional, el doctor Morán se vio a sí mismo avanzando por el largo corredor, con su guardapolvo abierto y con sus suelas de goma. Sus pasos apenas si arrancaban un murmullo de ese piso encerado y brillante. Llevaba las manos en los bolsillos y una de ellas tenía empuñado el estetoscopio que siempre llevaba consigo y que nunca utilizaba. Era tal vez el único tic que le quedaba de su época de joven médico. Antes de que aprendiese todo lo que sabía y llegase a las conclusiones a que había llegado. Se había preguntado esa madrugada, al entrar al hospital, qué diablos venía a hacer allí, a esa hora, en lugar de quedarse un rato más en la cama, envuelto en el tibio y joven perfume de su mujer. Cuando vio la silla tuvo la respuesta.

Si, entre otras cosas, esa puerta, esa habitación, lo desvelaban. Allí, detrás, se refugiaba la cara escondida del país, ese otro pedazo del ser peruano que había decidido matar de una vez por todas al cuerpo nacional para que éste no siguiera enfermo. Las sociedades, como los individuos, también somatizaban y hasta se suicidaban, en algunos casos, suponía. Pero esto no estaba ocurriendo en el país, si no la hecatombe ya se hubiera producido mucho tiempo atrás. ¿Cuál era la explicación? La intuía apenas tras todos esos años en que se había esforzado, tan ímprobamente a veces, por ser útil a los demás, oscilando entre una tímida actividad política y la búsqueda de la eficacia en su campo de verdad, la medicina.

El doctor Morán cayó en cuenta que la silla estaba vacía junto a la puerta semiabierta. Se preguntó dónde diablos se había metido el guardia que se suponía debía estar allí, ocupándola noche y día, cuidando que nadie entrase sin la autorización del caso.

Se acercó y empujó lentamente la puerta, terminando de abrirla, temiendo de un modo oscuro lo que podía encontrar dentro.

En la penumbra de la habitación sólo había un lecho en el que dormía apaciblemente, de espaldas, perfectamente recta, sin un pliegue en la colcha blanca que la cubría, una mujer.

Morán dio unos pasos con sigilo, abrió la puerta del baño y encendió la luz. No había nadie, todo estaba en orden.

¿Quién está ahí? dijo la mujer.

En su voz había un poco de alarma y, a la vez, seguridad. Morán salió

del baño apagando la luz.

Soy yo, María. Disculpa si te he asustado. Como no vi al guardia afuera, temí que hubiera entrado a dormir aquí o a molestarte. Sigue descansando.

La expresión de la mujer se relajó y hasta esbozó una sonrisa.

Nunca lo he visto de visita a esta hora, doctor...

No estoy haciendo visitas, hija. A esta hora casi siempre comienzo a operar. Hoy es una excepción. No tengo operaciones, pero, a la vez, no podía dormir. Así que me vine a ver cómo va el servicio, a veces lo descuido... Duerme, te veré luego...

¡Prometido, doctor...?

¡Prometido!

Cuando salió vio que un guardia republicano, con una metralleta terciada en el pecho, avanzaba por el pasillo.

¡Buenos días!

¡Buenos días, doctor! Me ausenté un momento, para ir al baño...

No me dé explicaciones. No soy su superior...

El guardia lo saludó casi militarmente, antes de sentarse en la silla, cruzando sobre sus rodillas la metralleta y bajándose la visera del kepi.

No, el país no estaba desahuciado, ni quería morir. Quienes, tal vez sin darse cuenta, habían llegado a esa conclusión, se equivocaban. La mayor parte de gente optaría por la sobrevivencia, aunque ésta se diera en condiciones infrahumanas. El hombre nunca renunciará a lo que es su mayor fuerza, su única salida, lo que se llama esperanza. El país estaba dejado de la mano de Dios, pero eso no podía ser eterno. Mientras se alejaba, Morán no se pudo impedir de pensar que, sin embargo, en el caso de María, tal vez ni Dios podía hacer algo.

Se había quedado dormido y, encima, la resistencia de la ducha eléctrica se había fundido, por lo que no le quedó más remedio que darse un baño frío, lo que en otro tiempo no le hubiera molestado, pero se estaba acostumbrando mal en esa casa alquilada. En esa casa que ahora ocupaba como si estuviera a su nombre y que era la herencia que le dejó un paisano, Jorge Pajares, antes de largarse, desesperado, a Estados Unidos. Un día, con una maleta ligera y muchos sueños, Pajares había partido dejándole todas las cosas que no pudo vender, y, otro día, tres meses después, desde Austin, Texas, le llegó una tarjeta postal que empezaba con un ¡Lo logré! grande y triunfal y que terminaba contándole, risueñamente, que todo eso había sido posible gracias a que ganó la carrera de conejos Tijuana — San Diego, que ya le explicaría alguna vez.

Se dio valor, respiró hondo y expiró dando un grito, al tiempo que se ponía bajo el agua casi helada. Cerró de inmediato la llave y, silbando un aire que creía de una sinfonía de Beethoven, se puso a jabonarse el cuerpo. El agua caliente nunca había sido cosa corriente en su vida y menos en todo

el tiempo que había vivido en la sierra, o en los meses lo que había pasado en la barriada, en su último año de maestro. Por eso fue un gran regalo que Pajares le dejara también esa ducha, marca Ovni, y encima sin cobrarle nada.

Pero ten cuidado, Albertito le había recomendado. No la enchufes ni desenchufes con las manos mojadas, te puedes electrocutar.

Durante semanas la utilizó con mil precauciones, temeroso de salpicar el tomacorriente colocado apenas a unos veinte centímetros encima de la regadera. Luego se acostumbró y terminó dándose duchas calientes, ya sin pensar en el peligro, todas las mañanas, incluso en las más calurosas del verano. Ahora debía volver al agua fría, lo que no le molestaba finalmente. Tener agua y una casita como ésa, en el Rímac, cerca de la Alameda de los Descalzos, era ya algo, con los tiempos que corrían.

Salió de la ducha pisando, a modo de pantuflas, un par de viejas zapatillas de deporte, embebidas del agua que la cortina rota había dejado salir y que ahora inundaba el pequeño baño.

Terminó de secarse en medio del cuarto que le servía de dormitorio. Se frotó vigorosamente el cuerpo con la toalla que luego estiró en el borde metálico del pie de cama. Alisó un poco las sábanas donde había dormido y puso sobre ellas, doblada, la frazada que por ser verano no estaba utilizando. Se sentó en la cama y se vistió y calzó rápidamente. Al lado, en un viejo velador, había una ordenada pila de cuadernos y papeles. En el respaldo de la silla, ante la mesa de trabajo, colgaba una camisa blanca. La había usado ya el día anterior, por lo que miró el cuello en forma crítica. Sonrió con gesto resignado y se la puso mientras se acercaba a la ventana. La calle, tal vez por ser domingo, estaba un poco más animada. Varios muchachos del callejón de enfrente jugaban fulbito en la pista con una pelota de playa, interrumpiéndose cuando se acercaba un auto. Una mujer salía de la bodega con una botella de aceite.

Frente a él, en las viejas azoteas, el polvo de siempre cubría los cerros de basura y los gallineros hechos con maderas, fierros y alambres de viejos catres desvencijados. En ese momento recordó que la noche anterior había comprado un barquillo de salchipapas para Brisa, la perrita que, como casi todos los muebles, era también herencia de su paisano. No le gustaban los perros ni, en general, los animales domésticos, por lo que la había confinado a la azotea, pero procuraba no descuidar su alimentación.

Buscó el peine y se disponía a acercarse al espejo colgado a un lado de la ventana cuando vio que, titubeante, en la puerta del callejón de enfrente, apareció la leve silueta de la vieja negra ciega. Se quedó mirándola un instante, pero desvió el rostro cuando vio que ella también levantaba los ojos blanquecinos hacia él y le hacía un gesto que parecía una sonrisa, un saludo. Sintió una especie de escalofrío. Se ocultó un poco y se peinó rápidamente. Al cabo de unos minutos, al mirar de nuevo por la ventana, vio que la anciana se alejaba hacia la derecha. Iba otra vez hacia la Alameda de los Descalzos.

¿Qué edad tendría? ¿Sería ciega del todo? Poco antes parecía haberlo mirado. ¿Por qué lo saludaba? ¿Lo conocía realmente?

Volvió a sus cosas. Ese iba a ser otro día largo. Se acuclilló y se puso a buscar algo entre los libros y papeles que tenía ordenados sobre tres tablas apoyadas en ladrillos. Puso un sobre blanco en el libro que estaba leyendo y se dirigió a la puerta, donde, en una percha rústica, colgaba su casaca. En ese momento recordó el agua del baño y, dejando sus papeles en la mesa, buscó un periódico viejo para extenderlo sobre el charco. También recordó las salchipapas de Brisa y las subió rápidamente a la azotea.

Unos minutos después, tras cerrar con llave la puerta de la calle, dio unos pasos hacia la derecha, hacia la Alameda de los Descalzos, pero el recuerdo de la anciana ciega lo detuvo. Sin pensarlo mucho rehizo el camino y con paso rápido se alejó en sentido contrario.

Era el comienzo de la tarde y las calles se habían despejado un poco. Bajó del microbús en la avenida Arenales y, mientras avanzaba por el jirón Domingo Cucto, Alberto Sanabria se decía que no podía quejarse, que al menos había cobrado parte de lo que le debían. Mientras más se acercaba al Hospital del Empleado más recordaba, comparándolos sin quererlo, la mirada fiera y decidida de María y los ojos cansados y asustados de pinto Humaral. Su mujer, o, mejor dicho, su ex mujer, y su mejor amigo, eran las personas en torno a las cuales giraba ahora su vida. Sin dejar de lado a los dos pequeños, a Albertico y a Siu Lián, por supuesto.

Era cierto, sin embargo. En los últimos meses su vida tenía que ver sobre todo con hospitales, heridos, enfermos. Con la muerte, en suma. ¿Qué pensaría de todo eso una persona como el doctor Morán, que vivía todo eso desde hacía años y que siempre iba a vivir rodeado de ese clima, de ese olor? El, por su parte, sabía bien que la experiencia de la muerte y la desgracia uniformizaban a los hombres, pero no podía dejar de preguntarse sobre el extraño poder que tenía Morán, que atraía a gente de toda condición y convicción, que lo buscaban y lograban siempre su ayuda. ¿Meditaría sobre todo eso? ¿Realmente era un genio, como decían algunos, o sólo un loco, como se burlaban otros? En todo caso, por María, hasta el momento, de no ser que la mantenía tranquila, no había podido hacer gran cosa. Aunque eso era ya bastante, lo sabía.

No pudo seguir meditando. Había transpuesto la reja del hospital y mientras avanzaba junto al jardín del enorme edificio, junto a la gente que entraba y salía, se puso a buscar el pase especial firmado por el juez, sin el cual no podría entrar. No estaba en ninguno de sus bolsillos. Tampoco entre las páginas del libro, donde creía haberlo puesto esa mañana. Estaba el sobre, pero dentro no había nada. ¿Lo había puesto en su lugar el jueves, el último día que había visitado el hospital? Por ser domingo y hora de visita no necesitaría mostrar la boleta al ascensorista, pero en el piso trece, en

Neurocirugía, el guardia de la puerta se la exigiría.

Sólo le quedaba hacer el intento. ¿Dónde podía haberse quedado el papel? ¿En la mesa? Tras hacer una larga cola finalmente llegó al ascensor, que se llenó de gente. Cuando la puerta se cerró, procuró controlar su respiración. Muy cerca de su rostro tenía un pequeño ramo de flores que un hombre bajo, calvo y muy triste, levantaba, intentando protegerlas.